



Perdonad, Señora, dijo; pero esa fisonomía es tan parecida á la de mi desgraciado Coronel.....

EL HUSAR.

Hay momentos en la vida en que el hombre vive extraño á todo lo que le rodea, é insensible á cuanto pasa en torno suyo. Sus sentidos, su alma nada le dicen, y en esta inaccion física y moral, es un autómatas que anda sin saber á dónde va, ó que reposa sin saber lo que hace... Mas de una vez se habrá sorprendido en este estado alguno de nuestros lectores. Con efecto; despues de fuertes sensaciones, cuando nuestra alma está causada, por decirlo así, de tanto sentir, ó cuando nos hallamos en cierto estado de displicencia, bien sea por ver satisfechos nuestros deseos, bien por no tener ninguno vehemente que nos agite; ó ya tambien despues de pasada la primera impresion del desenlace de un asunto, cuyo término feliz ó adverso anhelábamos aclarar, suele quedarse el hombre en este estado de *distraccion*.

En uno de ellos iba yo el otro dia dando el brazo á la que hace la felicidad de mi vida, y la mano al hijo de mi corazon, fruto con que Dios ha bendecido nuestro matrimonio, cuando un Ay! me hizo volver en mí todo sobresaltado, y ver á mi muger, que pálida y pintado en su fisonomía el temor, procuraba desasirse de un Husar que la tenía cogida del brazo.— Apoyaba el soldado su encorvado cuerpo sobre dos muletas, y una de sus piernas en una larga banda que desde el cuello descendia. Era este veterano como hasta de 30 años; su pálido y descarnado rostro, sus pobladas cejas, bajo las que lucian dos pequeños ojos pero de mirar penetrante, y sus gran-

des bigotes que á manera de adornos arabescos, subian ensortijados por ambas megillas, daban á su fisonomía una espresion de honradez y de padecimiento, que no podia menos de inspirar interés... Gracias á éste no le saludé con un golpe del paraguas que llevaba conmigo... pero su lastimoso estado, y el oirle un «perdone V. Señora» pronunciado con toda la dulzura de que era susceptible, desarmaron mi cólera... = Perdonad, Señora, dijo; pero esa fisonomía es tan parecida á la de mi desgraciado Coronel, que desearía saber si era V. su hermana. = Hermana, de quién?... = Del valiente Coronel D. N., replicó el soldado, y al mismo tiempo saltó de sus ojos una lágrima. = Sí Señor... Ah! bien lo decia yo: sois tan parecida que entre mil hubiera conocido á V... No sabeis el gozo, el placer,... las gracias que doy á Dios por este encuentro... En nombre suyo, en el de vuestro hermano, permítame V., Señora, que bese la seda de ese vestido: poco podré vivir, pero ya moriré tranquilo despues de haber visto y de haber abrazado á la hermana de mi Coronel... cumpliendo con el encargo que me hizo al morir... Pronunció el veterano estas últimas palabras con tanto fuego, con tanto sentimiento, que nos conmovió... y con el mas ciego entusiasmo aplicó sus labios al vestido de mi Isabel, que toda conmovida le decia. = Conocísteis á mi pobre hermano?... decidme, decidme, qué encargo os dió?... = Si le conocí! voto á! ya se vé que le conocí, y donde se conocen los hombres,

SIGLO XIX.





en el campo de batalla... Dos veces le debí la vida aquel día... era un Cid... ya habíamos vencido, y una descarga, del infierno debió salir, nos derribó á él y á mí: á él para no levantarse mas, y á mí para ser conducido en seguida al hospital de la sangre. Llorais, Señora? Teneis razon... porque mi Coronel era un valiente... un buen gefe, amante del soldado. Pero debeis tener el consuelo de que ha muerto como un héroe... destrozando á los enemigos de la Patria... Ah! eso es lo que se llama morir, y no en una cama... = Su encargo? Husar, su encargo? le interrumpió Isabel. = Teneis razon... caimos juntos... y tendidos en el suelo... aun me parece que le estoy viendo... me dijo: camarada, me han muerto... si tú te salvas... recoge mi cartera... y dí... mi madre... madre mia!... no pudo continuar... = Hermano mio! = La cartera la recogí, no he querido entregarla á nadie... pero ahora que mi buena suerte me ha hecho conocer á V., creo que la sombra de mi Coronel no llevará á mal... = Dádmela, dádmela... le decia fuera de sí mi muger... y él se la entregó, corriendo por su rostro mas de una lágrima.

El buen Husar se preparaba ya á referir mas pormenores del suceso, sin

advertir que con sus palabras renovaba la pena de la hermana de su Coronel. Tomad, le dije, alargándole el bolsillo, y las señas de mi casa: siempre que necesiteis algo, venid á buscarnos. = Gracias: muchas gracias... = No dejeis de venir, le decia mi muger. = Gracias, mi Coronela, no dejaré de ir siempre que me lo permitan mis dolores, ó cuando llegue el día en que cansados de tenerme en el hospital, me echen á mendigar por esas calles... entonces si no socorreis al que cayó batiéndose al lado de vuestro hermano, tendrá que ir á morirse á un muladar. = No penseis tan tristemente, y contad con que un valiente como V. = Un valiente como yo, ya que no posea otra cosa... tiene el honor de haber contribuido á las glorias de su nacion, esponiendo su vida, y perdiendo una pierna; honor que nadie le puede disputar; y si acaso, como espero, me mata al cabo esta herida, y señalaba su pecho, me diré al cerrar los ojos por última vez... Juan, tu vida ha servido al menos para defender tu Patria... y esta idea me hará morir tranquilo y satisfecho... Dijo, y nos despedimos... mi muger llorando á su hermano, y yo admirando á un pueblo que tales soldados produce.

Q.

Estadística.

La poblacion de España fué mucho mas considerable en los tiempos antiguos que lo es en el día. Y esto se deduce de lo que los historiadores nos han dejado consignado en sus obras, pues si se ha de creer á estos, Sevilla tenia en

el siglo XVII 300,000 habitantes: sus manufacturas ocupaban 130,000 jornaleros, viéndose en el día reducida á 96,000 habitantes. Granada tenia antes de su conquista 400,000, de los que 60,000 llevaban las armas. Córdo-

ba se estendia hasta ocho leguas por las orillas del Guadalquivir, y el producto de los impuestos que sus moradores pagaban ascendia á mas de 500,000,000 de reales; ademas poseia la Ciudad una renta de propios de 130,000,000. = En el dia ella y su provincia cuenta sobre 327,000 habitantes.

Aun suponiendo que sean algo exagerados estos datos. no se puede menos de convenir que ha declinado infinitamente la poblacion, pues que en los censos de 1778 resultaron 1511 poblaciones abandonadas.

Esta baja considerable no se estrañará si se considera las causas que han existido para producirla. En efecto quedó consumada cuando la reconquista de la España por los Cristianos. El catolicismo se encontró rodeado de una poblacion cuya mitad por lo menos era enemiga suya implacable. El poder ó gobierno no halló otros medios de consolidarse sino el destruir una poblacion cuya existencia creia que podria comprometerle. Sin embargo, Fernando é Isabel no se valieron como Cárlos IX de una S. Barthelemy, y se limitaron á desterrar los Moros sin asesinarlos de una vez, estableciendo el tribunal de la Inquisicion que ejecutó en detalle lo que aquel sangriento dia consumó de un

golpe. Puede asegurarse que este Tribunal fué en su origen una institucion política dirigida contra la poblacion Mora, que aun vencida era dueña del pais por su industria y riqueza.

Llorente, Secretario del Santo Oficio, publicó en el año 1814 una noticia muy curiosa de las sentencias ejecutadas por dicho Tribunal, de la que resulta que desde 1441 á 1788 fueron quemadas 34,382 personas:

17,690 en efigie:

292,450 encarceladas, reclusas, y casi todas despojadas de sus bienes.

Escusado es decir que estas medidas atroces contra una gran parte de los Españoles debieron producir por sí solas no solo la disminucion de la poblacion, sino el decaimiento de la industria, de las artes y riquezas del pais. Y si á esto se agrega el descubrimiento de la América, y con él la emigracion que causó, y el abatimiento que produjo en nuestro comercio interior, agricultura é industria, la espulsion de los Judíos que llevaron sus riquezas al oriente, á Inglaterra, y en especial á los Países-Bajos, no podremos menos de decir que la España es la primera potencia del orbe, pues despues de siglos de errores sobre errores, de pérdidas sobre pérdidas, aun existe.





Al Parricida.

Ved allí su cadáver macilento,
negro su rostro con su sangre impura,
y la melena que azotando el viento
en sus ojos de vidrio va á caer.

Allí un pueblo agrupado que no siente
con odio y con desprecio le contempla,
y con serenos ojos ve en su frente
la huella del penar y del no ser.

¡La huella del penar sin un consuelo!
¡la huella del no ser sin un suspiro
que hasta su tumba mísera de hielo
penetre de una madre que le amó!

¡Triste, muy triste ¡ay! será tu muerte!!
¡miras en derredor, y ni un hermano,
ni un amigo encontrar á quien volverte
que con ternura te dijera adios!!

¿Qué de aquel tiempo celestial se ha hecho
sembrado de placeres y de rosas,
en que estrechado entre el amigo pecho
de tu madre gozabas sin temer?

¿Estaba escrito entonces en tu frente
que en aquel mismo seno que halagabas,
que latió junto al tuyo tiernamente
y te dió de su sangre con placer:

Estaba escrito que el puñal cruento
en él claváras, y que el mundo impío
te abandonára en tu postrer aliento,
y maldijera tu cadáver frío?

Sí: que buscas en vano una mirada
de compasion en tan aciago día,
¡ay! todas son de horror! solo tu madre,
si volviera á vivir, aun te amaría.

¿Y no abrasaba tu mano
la sangre que la bañaba?

¿Y no tuviste, inhumano,
de sus ayes compasion?

O al hundirla tu cuchillo,
no te acordaste, insensato,
de ese vil saco amarillo
que ahora muestra tu baldon.

¡Ay! nada entonces: tus golpes
el infierno dirigia,
y alucinarte queria
con la ilusion de gozar.

¡Gozar despues de un delito!
¡gozar empapado en sangre!!...
cuando el hombre está maldito
solo le resta penar.

Tú pensaste de delicias
saciarle en la dulce copa,
entre el vino y las caricias
impuras de una muger.

Y ambicionaste sereno
apurarla, y no sabias
que está llena de veneno
esa copa de placer.

¿De tus violentas pasiones,
de tus fantásticos sueños,
de tus vanas ilusiones
brillantes como la luz.

Que te acompañó al suplicio
en tu postrimer aliento?
un negro remordimiento,
un verdugo, y una cruz.

42 de Octubre de 1827.

A. de Alfaro.

MODAS.

Mis queridas amigas: vedme ya de vuelta de mi segundo viage aéreo á la Gran Ciudad de París. Oh y cuán vivos deseos tenía ya de regresar al seno de mi familia y encontrarme de nuevo en el recinto de esta amurallada Capital. Hánme sucedido cosas estupendas en esta gran caminata que emprendí solo por complaceros, y á no ser tan entrada la noche, estar yo todavía sin descansar, ni aun haberme sacudido el polvo del camino, y á no ser forzoso que entren mañana en prensa muy temprano estos cuatro renglones que tengo el honor de dirigiros, yo disertaría con extraordinario placer, y una no comun inteligencia, sobre las barbas á lo Coradino que se dejan ahora los elegantes transpirináticos y las reducidas patillas á lo diplomático, que usan todas las personas iniciadas en los grandes secretos de los gabinetes. Mas ya que con harto dolor tenga que sujetarme á la medida del tiempo y defraudaros de esos tan curiosos como útiles conocimientos, no he de pasar en silencio los pormenores de una visita que hice en obsequio de mis amables suscriptoras á una de las altas notabilidades femeninas que *van en ruedas* á pasearse por las orillas del Sena.

Yo estaba sepultado en uno de los grandes Cafés de París el mismo día de mi llegada, observando con curiosos ojos cuantas figuras, ya elegantes, ya ridículas, cruzaban por las estrechas calles de asientos y de mesas, cuando se me apareció de pronto, cual otro convidado de piedra, la es-

cuálida y enfermiza persona de Mr. Piti. Este hombre, á quien ya conocía yo desde mi jornada anterior, y es nada menos que ayudante del Sota-espabilador de uno de los Teatros Subalternos de aquella Capital, se vino á mí con los brazos abiertos y dándome un fuerte apretón, como si estuviese asegurando en el tablado la viga de las candilejas, me dijo con aire declamatorio y sentimental: ¿Es cierto lo que me dicen mis ojos? ¿V. por aquí? V., diligente y sapientísimo conductor de las modas? y tomó asiento á mi lado con muestras de la mas cordial alegría. Yo traduge al instante sus espresiones en estos términos: ¿Es cierto lo que me anuncia mi estómago? ¿V. en el café? ¿V. que sabe transformar los pesos mejicanos en botellas de ron, en transparentes tacillas de dulce y en rubicundos bollos granizados de azúcar? y sin darle otra respuesta verbal, llamé al mozo, saqué el bolsillo y brindé á mi encontradizo con la eleccion del desayuno.

Sirvieron este á breve rato, y en el ínterin el hambriento y agradecido sub sota-espabilador, sacó de su mugrienta cartera un papel de cigarro, donde escribió de mala letra el nombre de una calle y el número de una casa. Tomad, me dijo, dándose un aire de importancia que contrastaba admirablemente con su estrambótica figura y su trage, copiado fielmente de los que suelen encontrarse en los baratillos del rastro viejo de esta M. H. villa. «Yo sé cual es vuestra misión sobre la tierra: la de traer y llevar, no recados como los ángeles, sino figu-

rines y trapitos para que las damas españolas se vistan con la elegancia y variedad que exige la ilustracion del siglo á que tenemos la gloria de pertenecer. En vano recorrereis las calles, los almacenes de modas, los talleres donde se corta y cercena, en busca de un modelo que presentar á vuestras graciosas paisanitas. En esta era de luces (creedme porque yo ando todas las noches con ellas y sé lo que me digo) en esta era de luces en que todos aspiran á la novedad, en que todos quieren crear aunque no sea mas que algun nuevo método de plegarse la corbata, no se encuentran dos trages idénticos, dos colores que estén en armonía, ni dos cintas colocadas del mismo modo sobre un talle ó sobre un sombrero de paja. Mas si quereis desempeñar vuestro importante cargo con mayor lucimiento del que obtuvo en el suyo una tal Madama Garnerini, á quien conocí en Madrid hace muchos años... tambien viajera de globo como vos, yo os presentaré el tipo de la elegancia Parisien, á la Sra. *Taquinardi, cantanta di prima sfera* del Teatro de la ópera Italiana. El primoroso peinado con que se presentó en *Inés de Castro*, ha sido admirado con entusiasmo y admitido por algunas Señoras del buen tono: presentaos á hacerla una visita en mi nombre y aprendereis lo que os importa saber: ahí teneis las señas de su habitacion. Dicho esto, se abalanzó al caliente refrigerio que el mozo habia depositado sobre la mesa, y concluida su inspiracion profética, el oráculo enmudeció.

No bien me hube visto libre de la pegajosa compañía de Mr. Piti, á quien tributé las mas espresivas gracias por su recomendacion y sabios consejos; me encaminé hácia la casa de la *cantanta di prima sfera* de la ópera Italiana. Fui todo el camino discurriendo para mí si al hacer esta visita á una persona

desconocida y á quien iba á importunar para que me enseñase los recónditos arcanos de la moda, debería acompañar alguna fineza que manifestase mi gratitud y el aprecio con que miraba sus lecciones. Resolvíme al fin á realizar esta idea, recordando que en España se sigue la misma práctica para muchas solicitudes, pero asaltóme repentinamente otra nueva dificultad. Ofrecerla dinero era humillar y envilecer á una persona colocada por su raro mérito *nella prima sfera* de los trinos y de los gorgoritos, el presentarla algun aderezo ó algun traje teatral, exigia mayores desembolsos de los que puede soportar el Editor de un periódico, aunque sea mozo de casa abierta y esté en el uso de los derechos de Ciudadano; regalar algunos dulces... es una cosa tan pobre, tan vulgar, y está tan desgastada por el uso que se hace de ella en las bodas y en los batéos... yo me decidí á obsequiarla de un modo original, ingenioso y adecuado á las costumbres de Italia. Entré, pues, en una fonda, ajusté una hermosa sopera de porcelana, siguió un mozo mis pasos, y atravesando varias calles, llegué por fin á la casa de la *dona cantante*. Un lacayo anunció á la Señora que un estrangero deseaba ponerse á sus pies y venia recomendado por Mr. Piti, ayudante del Sota-espabilador del Teatro de N.*** Yo escuché desde la sala una tremenda detonacion de risa y la sonora voz de un hombre que decia: «Por cierto, mi bello cisne, que teneis amigos de categoría que os envien recomendados» y poco despues otro tono de voz mas dulce que contestaba: «Teneis razon, Mr. de Laimeric; pero á estos hombres es necesario contentarlos, ¿no veis que tienen en su mano el llenarnos tal vez un riquísimo vestido de lámparas de aceite?—Que entre ese estrangero, ve-

remos que mensage trae. Con tan tristes auspicios, yo os confieso ingenuamente, mis queridas amigas, que me abandonó todo mi valor al pisar el estrado: entré y no supe hacer una cortesía, ni sacarme el sombrero con elegancia y desembarazo: ví muchos muebles y riquezas acumuladas en una pequeña sala y tres personas que se inclinaron para saludarme; pero nada me permitió distinguir claramente mi turbación, porque se interpuso entre los objetos y mi vista á manera de una densa niebla. Pasados algunos minutos, durante los cuales, y como por instinto habia tomado asiento en un sillón al lado de la Sra. Taquinardi, me preguntó esta con la mayor amabilidad cuál era el objeto de mi visita. Yo, cubierto el rostro de ruboroso carmin, y acudiendo repetidas veces al pañuelo del bolsillo para ocultar mi alteración, improvisé, á impulsos de la necesidad, un elocuente discurso, que al poco mas ó menos decia así: «Lucidísima estrella de la tragedia lírica, empóreo de la belleza y de la armonía, marmórea é indestructible columna del Teatro de la Opera; yo tengo la alta misión de trasplantar las modas de este fecundísimo suelo al estéril terreno de otro país donde las gentes cultas tienen la desgracia de no saberse vestir por sí mismas. A mi llegada, la trompeta de la fama me ha hecho conocer vuestro nombre y la elegancia que prodigais en el peinado y el traje, y confiado en la bondad que os caracteriza, he venido á vuestras plantas á implorar la ilustración que necesito para radiar sobre la Corte de la Nación Ibera el lumínico que esparcís en el alcázar de *Talía* y en las brillantes sociedades de los modernos Galos. En este supuesto tengo el honor de presentarme á vos; no ya como el amigo del espabilador de las luces sino como el curioso extranjero,

que atravesando los aires en un globo de vapor y sufriendo el rigor de las estaciones y las picaduras de los mosquitos, viene á consultaros sobre la forma de los vestidos y el adorno de los peinados. = Señor extranjero, quedareis satisfecho, contestó Madama Taquinardi sin poder contener la risa: ahora mismo voy á dar orden para que saquen algunas muestras de lo que tanto os interesa saber; y tirando del cordón de la campanilla, se apareció repentinamente una doncella, á quien dijo algunas palabras en lenguaje desconocido para mí, y desapareció. = Todos quedamos por un momento en silencio, del cual me aproveché yo para examinar los dos personajes que acompañaban á mi benéfica directora. Uno de ellos, hombre de median edad, y que parecia disfrutar de la mayor confianza en la casa, estaba sepultado en una larga bata de merino rameado, sujeta con un cinturón y cuatro muletillas de la misma tela colocadas á cada lado del pecho. El cuello de este ropón era vuelto como el de las levitas, y por detras presentaba algunos pliegues cogidos con una presilla á manera de los sacos de paño que gastan nuestros soldados. Tenia cubierta la cabeza con una especie de gorro griego de terciopelo oscuro, prolongado unos tres dedos por delante y doblado hácia arriba en forma de visera. Cayóme tan en gracia esta monada, que rogué interiormente á Dios me hiciese pronto casado y me diese fruto de bendición, para arreglar una igual al primer angelito que meciese en la cuna. El segundo personaje, que se hallaba muy distraído talareando por lo bajo las notas de un papel de música, era un jóven con el pelo á lo Villamediana. Vestia un frac de faldones muy largos de un color oscuro que no pude distinguir exactamente, y un pantalon ajustado que se ensan-

chaba progresivamente hácia el empeine del pie formando una especie de botín. No pude distinguir mas porque inmediatamente se presentó de nuevo la doncella dejando sobre un velador varios vestidos de Señora. = Ved, me dijo la amable cantatriz haciendo esfuerzos para reprimir la risa, ved aquí la contestacion mas directa que puedo dar á vuestro elocuente exordio. Este vestido ya conoceréis que es de raso labrado, y este otro de cachemira de la India. Ambos tienen la misma hechura. (Consultad el figurin, mis amables lectoras, y él os dirá mas que las prolijas descripciones de que atesté mi cabeza.) Una ligera pañoleta con encages sienta bien sobre cualquiera de ellos, y este sombrerillo de raso verde esmeralda con algunos pliegues y media docena de flores no me negareis que es del gusto mas moderno, si habeis transitado por los paseos de París. Los largos mantones de lana con fleco, nos ponen por lo de ahora á cubierto de la intemperie, hasta que avance mas la estacion de las nieves y de las escarchas; y con respecto al peinado, punto sobre el cual parece que necesitareis mayores esplicaciones, os diré en dos palabras á lo que se reduce el que tanto ha sorprendido en la *marmórea é indestructible columna del Teatro de la Opera*, como vos decís. No reparais en el que tengo ahora: ya veis que unas trenzas á la *negligé* nada ofrecen de particular: es un adorno propio para estar de casa; pero cuando el gusto ó la etiqueta me obligan á concurrir á una sociedad, entonces fluctúan sobre mi rostro cuatro rizos de cada lado: uno descende hasta cerca del hombro, el otro hasta el final de la megilla, y los dos restantes, igua-

les en dimension y en altura, hasta la mitad de la misma; todos recogidos bastante atrás y separados de la frente. El cabello restante, sin cinta ni atadura que le sujete, retorcido desde su origen como un cordon, llega hasta la parte superior de la cabeza, y desde este punto céntrico se divide en nueve ramales que forman una ancha y graciosa trenza. Hé aquí todo lo que puedo deciros, sabio amigo de Mr. de Piti: mirad si hay alguna cosa mas en que pueda complaceros.

Nada, Señora mia, contesté yo haciéndola un profundo saludo, sino que me reconozcais por un servidor vuestro que os desea todo género de palmas y de laureles teatrales. = Mil gracias, Caballero, esta casa es muy vuestra y podeis frecuentarla cuando gustéis. = No será la última vez que tenga el honor de ponerme á vuestros pies, mas entretanto... Ola! mozo, dejad la sopera sobre ese velador. = ¿Podré saber qué significa...? = Nada, Señora, una ligera muestra de mi gratitud... una pequeñez... = Vos me ofendeis altamente con esa conducta: yo no admito regalos de nadie, y mucho menos... = Dispensadme, Señora, repito que es una pequeñez, una bagatela insignificante... = Pero sin embargo quién os ha dicho que yo... quién os ha autorizado á vos para tomaros esa franqueza? = Nadie; es verdad; pero mi reconocimiento hácia vuestras bondades, el gusto que me domina por las cosas de Italia... en fin, qué sé yo... perdonadme por esta vez, y dignaos admitir... si es, como vuelvo á repetir, una bagatela... un timbal de macarrones á la Parmesana.

C. Diaz.



TEATRO DE BUENA-VISTA.

Aunque luchando con los graves obstáculos que son consiguientes á la época en que vivimos y á la índole del país, se ha planteado en Madrid un tercer teatro, que si bien no es hoy todo lo que nosotros quisiéramos, ofrece con todo bastante.

El teatro de Buena-Vista, formado de jóvenes actores, ofrece sin duda alguna un excelente plantel para nuestra decaída escena. En él se han representado ya algunas producciones nuevas, lo que nosotros celebramos sobre manera; pues de este modo podrá el público tener conocimiento de algunas composiciones que motivos particulares habian hecho hasta ahora que no viesen la luz pública.

El teatro de que llevamos hecho mérito ha reunido con frecuencia un público escogido, y algunos de sus actores han arrancado de él merecidos aplausos. La Sra. Monterroso, dama de él, promete mucho á nuestro entender luego que con su aplicación consiga borrar ciertos defectos adquiridos en los teatros de provincia. El Sr. Banovio ofrece igualmente, segun

las cualidades eminentemente cómicas que le adornan, ser un excelente actor; y nosotros interesados en sus adelantos, no podemos menos de rogarle que procure proponerse por modelo en el carácter que ha adoptado al Sr. Valero, cuya ausencia tanto echamos de menos.

Pero á quien no podemos menos de tributar los elogios á que se ha hecho acreedor es al Sr. Montero, barba del citado Teatro. En él se ha presentado con dos papeles á cual mas difíciles, á saber: el de D. Diego en el *Sí de las Niñas*, y el de Gran Maestre en la tragedia de los *Templarios*; ambos los desempeñó este jóven actor con acierto é inteligencia; pero con especialidad el segundo, en el que el público le aplaudió con entusiasmo.

Creemos que el Teatro de Buena-Vista prosperará sin duda alguna, y que en el próximo invierno concurrirán á él nuestras hermosas y nuestros elegantes, porque lo que es en punto á comodidad de local aventaja indudablemente á los otros.

J. B. D.

